

dó fijar providencialmente en lo alto de la santa Cruz, con gruesos caracteres hebreos, griegos y latinos esta inscripción famosísima:—Jesús Nazareno, Rey de los judíos;—(1) y como los deicidas instasen al presidente de la Judea para que la mandase retirar y en su lugar pusiese: Yo he dicho; rey soy de los judíos. Pilato respondió proféticamente: «Lo que escribí, queda escrito» dando á entender, aunque no lo creyera, que Jesucristo era Rey.

8. El sagrado Evangelio nos ofrece positivos testimonios de que el Jesús que había de quedarse sacramentado entre los hombres, era Rey. Natanael se dirige á Nuestro Señor y le dice terminantemente: «Maestro, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel» (2); y el mismo Salvador, en momentos solemnes afirmó de sí propio: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra» (3). ¡Ah! quien posee universal potestad sobre todos los seres es supremo rey. Y con efecto, el Salvador, á más de poseer por herencia el poderío universal sobre las almas y los cuerpos, á más de ser dueño de todos los hombres, sobre los cuales no solamente ejerce jurisdicción completa, sino que vela con altísima providencia sobre los actos de ellos, desempeña en el mundo el ministerio de soberano; y ved ahí por qué los pueblos en seguimiento de su sagrada Persona intentaron proclamarle por su Rey.

§. II.

9. En el Sacramento continúa su acción real.

Enseña con grande acierto el cardenal Sanz y Forés (4), que la vida del Sacramento es la misma vida de Jesús en la tierra, perpetuada para dar cumplimiento á los decretos eternos de levantar al hombre del abatimiento y degradación en que el pecado le había sumido, á fin de comunicarle la vida sobrenatural, y elevarle hasta Dios mismo. Luego, si mientras peregrinó entre los hombres fué rey, tam-

(1) Joan. XIX. 19.

(2) Joan. I. 49.

(3) Math. XXVIII, 18.

(4) Sermón predicado en Valencia el 25 Noviembre de 1893.

bién lo es en la Divina Eucaristía. En Ésta, empero, resplandece el amor y la justicia en grado superlativo, á la manera que estas mismas virtudes deben brillar en un monarca temporal. Mas no es necesario averiguar en este lugar si Jesucristo Sacramentado ama con verdad á los cristianos, porque todo este Tratado no es sino una demostración evidente de la extremada caridad que profesa á sus hijos. «Les amó hasta el fin,» (1) dice el evangelista, y en esta lacónica frase compendió admirablemente el discípulo Amado todo cuanto pudiera decirse acerca del amor de Jesucristo á los hombres. Su amor no ha tenido límites, pues en el Sacramento, el Salvador derramó todas las riquezas de su infinita caridad (2). Pero es que Nuestro Señor, en este Misterio venerable, hace brillar de un modo muy patente la virtud cardinal de la justicia, ya que á esto mismo se refiere el vate coronado cuando dice (3): «Justo eres, Señor, y justos son también tus juicios». Él, en efecto, es justo por esencia; y por más que tras los niveos cendales de los velos eucarísticos oculta el esencial atributo á que me refiero, empero lo exterioriza de tal suerte que declara ser su voluntad soberana le reciban sacramentado tan solamente pechos amantes, amenazando con terribles castigos, y sobre todo con pena eterna, á los que profanaren las santas Hostias ó las recibieren indignamente.

10. Desde el sublime trono del Tabernáculo, nuestro amable Jesús ve y rige al orbe, dándole justamente lo que le conviene; y pudiendo en todas ocasiones castigar ejemplarmente á tantos malos cristianos y profanadores de su Misterio de Amor, guarda silencio y tolera millares de agravios pesados con el fin de esperar al pecador, y aun le ofrece dulcemente su fina amistad, por más que esta nueva prueba de inmenso cariño le reporte infinitas ingratitudes. Con semejante comportamiento ofrece una lección admirable á la justicia terrena, que ni sabe esperar al delincuente para

(1) Joan. XIII, 1.

(2) Conc. Trid.

(3) Ps. CXXVIII. 137.

que se arrepienta, ni compadecerse de él cuando le consta haberse totalmente arrepentido. Cristo Sacramentado nos enseña, además, que compadezcamos á nuestros enemigos, que les suframos con heróico silencio, y que jamás queramos vengarnos de aquéllos, cuyos crímenes, quizá ocultamos en el fondo de nuestra alma, no sea que el Redentor nos aplique algún día lo que respondió á los malvados que intentaron apedrear á la adúltera del Evangelio: «El que de vosotros no esté manchado con el mismo crimen, sea el primero en arrojarle piedras» (1). ¡Oh, si nosotros en general, y muy particularmente aquéllos á quienes compete hacer justicia, nos mirásemos en la sabia conducta de este Rey justísimo, cómo sabríamos perdonar, ó al menos aplicar una pena menos dura á nuestros ofensores que la que merecen! Y no es que profese la máxima de que deba abolirse el Código penal, ya que esto sería un absurdo, porque ciertamente, en la sociedad deben castigarse ejemplarmente los delitos y las faltas; pero sí opino que los códigos como las leyes deben estar impregnados del compasivo espíritu de Jesucristo, quien, como Legislador supremo, ha promulgado su celestial doctrina, para que las naciones cristianas copien de Ella su proceder privado y su conducta pública; y la Doctrina de Jesucristo, en esta parte, consiste en que no tanto se procure el castigo como la enmienda del culpable.

III. Pero todavía hay más: existe una virtud hermosa, tan hermosa que el monarca que llegue felizmente á poseerla, se hace por demás amable á sus vasallos. Es la mansedumbre; prerrogativa excelente que se arraiga, no en el temperamento, sino en el corazón, y que tan desviada está de la debilidad que envilece como de la cólera que irrita; que sabe predicar la verdad y tronar contra los vicios, como sufre paciente las decepciones de los hombres, y en lugar de perseguirlos les arroja el suave anzuelo de la caridad constante para atraerlos al seno de la paz. Jesucristo había llamado bienaventurados á los que poseyesen esta dulce vir-

(1) Joan. VIII, 7.

tud que tiene la habilidad suma de conquistar los corazones, las familias y las sociedades; pero nadie como Jesucristo, mientras peregrinaba sobre la tierra como ahora que peregrina misteriosamente en el mundo del Sacramento eucarístico, ha poseído en grado infinito esta virtud. Jesucristo había prometido la posesión de la tierra á los que se hiciesen dueños de la mansedumbre; pero ninguno como Jesucristo la ha poseído al ser dueño de sí mismo y de todo lo demás, pues esta bella propiedad tiene la mansedumbre: la de robar dulcemente los espíritus para Dios. Jesucristo había dicho á la hija de Sión: «He ahí que tu rey viene á ti lleno de mansedumbre;» y si efectivamente el Salvador cumplió á la letra estas palabras, bendiciendo á los que le maldecían, sufriendo á los que le insultaban, callando ante los tormentos y rogando por los que le perseguían, también es cierto que ahora en la Divina Eucaristía, prosiguiendo su Obra redentora, bendice, sufre, calla, ruega y todavía ama á sus enemigos. No es fácil que un monarca temporal se revista de una virtud semejante; Jesucristo Sacramentado, empero, la posee á todas horas. Y he ahí por qué debiéramos acercarnos al tabernáculo, no ya con mayor confianza que si nos llegáramos á la presencia de un monarca terreno, sino con un amor especialísimo cual le tuvieron los amantes de Cristo Sacramentado, pudiendo estar seguros de que obtendríamos nuestras justas peticiones. Además, el reinado del Salvador en la Santa Eucaristía, es precisamente de reparación.

12. Para que os convenzáis de esta importante verdad, no tenéis más que dar una simple ojeada al santo Evangelio, y él os manifestará elocuentemente que Jesucristo vino al mundo para cargar con los pecados de todos los hombres, sufrir por ellos y expiarlos satisfactoriamente. Su reinado es de absoluta reparación. Pero he ahí que no se contentó con esto sólo; no le satisfizo reparar por una sola vez los crímenes de los hombres; anhelaba á que esta clase de reparación se perpetuase por muchos siglos, á fin de que los mortales pudiesen percibir á todas horas los frutos de aquella expiación cruenta; y considerad que el producto, por de-

cirlo así, de los sublimes anhelos de la Omnipotencia divina, fué el Sacramento de los altares, en el cual, quedándose el mismo Jesucristo realmente, continúa la misma vida de reparación que comenzara en el pesebre de Belén. Ahora comprenderéis una vez más aquel pensamiento de los santos padres y doctores de la Iglesia que denominan á este bello Sacramento, «extensión de la Encarnación».

13. Un eminente purpurado español (1) ha demostrado con sabiduría este asunto, objeto del punto último. Sienta que la reparación nace del amor, y como el reino de Jesucristo es por excelencia reino de amor, deduce consiguientemente que el reino del Salvador es reino de reparación. Por cierto; el sentimiento de reparación nace del amor, porque el amor tiende á unir y á fundir las voluntades del amante y del amado; por manera que la voluntad del amante debe ser la del amado; los goces y las penas del amante debe experimentarlos también el amado, de otra suerte no podría existir una amistad verdadera. Ved por qué habiéndonos amado tanto Jesucristo se haya entregado á expiar nuestras culpas y á sufrir con nosotros, ya que nosotros gemíamos bajo el ominoso yugo del pecado. Pero ved también que el reino de Jesucristo es esencialmente reino de amor, en razón de que por amor el Hijo de Dios fué enviado del Padre; por amor se realizó la Encarnación; por amor experimentó Jesús los tormentos y la muerte, y por amor instituyó la Santísima Eucaristía, donde cifró su caridad infinita. En consecuencia, el reinado de Jesucristo Sacramentado es de reparación.

¿Queremos, por ventura, que este reino de Jesucristo venga á nosotros, esté en nosotros, según nos lo manda pedir el Señor? Comencemos, pues, por imitar la vida del Salvador en el Sacramento; expiemos con Jesús; reparemos con Jesús. Perdonemos de corazón á nuestros enemigos; suframos con los trabajados; gocémonos inocentemente con los que disfrutan; esmerémonos por propagar la Doctrina del

(1) Emmo. Sr. D. Salvador Casañas Pagés.

cielo, por llevar una vida pura, mortificada y pobre; demos el ejemplo de Jesucristo; socorramos al necesitado; amparemos al desvalido, y oigamos con paciencia y espíritu de mansedumbre al que lo solicite: seguros estaremos de secundar los sabios planes del Salvador eucarístico y de restaurar en la medida de nuestras fuerzas el imperio de Dios en el mundo. Así cumpliremos con nuestros deberes de cristiano y de ciudadano; llevaremos en el suelo una vida pacífica y después en el cielo una eterna recompensa.

EJEMPLO

Las historias eclesiásticas ostentan en sus brillantes páginas maravillosos hechos que confirman altamente la realeza de Jesucristo Sacramentado. Con deífica inspiración cantó el Angélico (1): *Oh salutaris Hostia; bella premunt hostilia; da robur fer auxilium.* ¡Hostia de salud! dadnos protección contra los enemigos que nos apremian. Efectivamente, Jesucristo en el Santísimo Sacramento ha sido en las reñidas batallas invencible monarca. Cuando los cristianos, imitando la conducta de los hijos de Israel, condujeron al campamento la verdadera Arca de la Alianza que oculta al mejor de los reyes, experimentaron, con la influencia de este divino Rey, esa energía, intrepidez y heroicidad de que sólo son capaces los genios valientes. Jesucristo no sólo pelea por los fieles si que también les devuelve ganado el combate. Testimonio de esta verdad son algunas páginas del Tratado I de esta Obra. Aquí, referiré el siguiente que corroborará el precedente asunto. Refiere Alonso Chacón, (2) al año 848, que habiendo los turcos preparado una formidable escuadra junto á Cerdeña, con objeto de atacar á los romanos, el Pontífice León IV, en previsión de lo que pudiera ocurrir, mandó disponer algunas flotas de católicos que resultaron muy desiguales á las de aquellos bárbaros. El Papa, antes que partiesen los soldados les visitó, celebró la Santa Misa y les dispensó el Pan de los fuertes. Confiados todos en el Santísimo Sacramento, se dieron á la vela y afrontaron, al cabo de tres días, con los enemigos. Entonces, llevados de la energía del Dios de las victorias, se trabó la desesperada lucha y, gracias al Divino Rey, apresaron á los turcos, después de haberles causado infinidad de desgracias.

(1) Himno de Laudes del Oficio del Corpus.

(2) De vitis Pontif.